

Sensibilidad

Había una vez un hipocondriaco.

Hipocondriaco ¿te suena ese término?, mi nombre es Herkkä y te contaré mi historia. Empezamos con que era como cualquier otro año; trabajar, dormir, fines de semana, almuerzos familiares, lo típico, sólo que para mí era más complicado que para los demás. Desde pequeña fui muy sensible a las enfermedades y paranoica con los accidentes, siempre pensaba que estaba enferma o que me moriría en cualquier momento, por cualquier cosa. Incluso mis padres me prohibieron ver las noticias, porque me daban unos ataques de ansiedad gigantes y no podía salir de casa. Fui a una infinidad de psicólogos y especialistas, pero nunca sentí hubiera algún cambio. Ahora que estoy más grande y tengo que valerme por mí misma nada es diferente, pero puedo vivir con eso.

Era el inicio del dos mil veinte, trabajaba de secretaria para una empresa de productos farmacéuticos. Siempre me destacué por mi orden y pulcritud, esto derivó en muchos halagos hacia mi persona. Un día, cuando estaba haciendo los informes semanales, descubrí que en un laboratorio habían estado tratando de formular un virus o algo para hacer una matanza masiva, ya que se nos estaban acabando los recursos y en varias partes del país estábamos en guerras civiles. Y justo como si fuera un milagro apareció, en toda su gloria y majestad; el COVID-19. Al principio se pensó que era sólo un resfriado común, pero luego de algunas muertes y muchos otros contagios se dieron cuenta de que no era algo normal, aunque ya era un poco tarde para actuar. Este se había expandido por todo el mundo, aun así nos confinaron dentro de nuestras casas como animales enjaulados, aquí fue cuando comenzó toda la pesadilla; la gente quedándose sin trabajo, pasando hambre y frío en los campamentos, el gobierno dando bonos inútiles pagados por los impuestos de las personas, sacando dinero de su propia jubilación para vivir, los ricos aumentando sus capitales y yo, yo tomando medicamentos y antigripales casi todos los días para poder mantenerme sana y cuerda, mis manos completamente

destrozadas por lavarlas tan repetidamente, con insomnio y completamente demacrada por los gérmenes y bacterias que se encontraban en todos lados.

Ahora ellos sentían lo que yo sentí toda mi vida, para ser sincera sentí un poco de satisfacción al ver lo débil y quebrantable que era la sociedad, siempre jactándose que eran unos de los mejores, pero con esta pandemia se dejó ver que todo es una simple mentira que nos hacen creer para que puedan seguir manteniendo el control de nuestras vidas y que no entremos en total desesperación cada vez que había una emergencia. Se les podía agradecer por esto, aunque no fuera el mejor manejo.

Uno de mis pasatiempos era ver las noticias, irónico no es cierto, delitos, violaciones, femicidios, secuestros, personas sin agua potable, fiestas clandestinas, cosas de todos los días. Los creyentes pensando que era el fin del mundo sin saber que hacer, pero todos saben que sus riquezas ya hubieran acabado con gran parte de los problemas mundiales. Antes era muy creyente, iba a misa e hice mi primera comunión, pero al ver las desigualdades y la poca transparencia de estas instituciones empecé a creer que no era muy partidaria de religiones que me desvalorizaran y no ayudaran a su prójimo, a pesar de que esto era uno de los principios fundamentales.

Ya casi no podía salir porque estábamos en cuarentena y porque cada vez que ponía un pie fuera de mi casa sentía que iba a morir. No había visto a mis padres en un largo tiempo, aunque nos llamábamos casi todos los días, mi trabajo iba mejor que nunca, me subieron el sueldo. Descubrí que soltarían otra sepa más poderosa que la anterior, esta afectaría a adultos jóvenes y todo se iba a expandir mucho más rápido, ya que eran estos los que salían a trabajar o a fiestas clandestinas sin tomar en cuenta al riesgo que se exponían. Sin embargo, hay que salir sino muchas veces no se come o no se podría mantener a la familia, esto es lo que los altos mandos no entendían, pero no tenían problema en abrir las grandes tiendas, dejando que los pequeños negocios se fueran a la quiebra. Muchas veces mis amigos o familiares me ofrecieron que los fuera a ver o que ellos vendrían a visitarme, pero siempre me negaba diciendo que tenía mucho trabajo o que no estábamos en las condiciones en las cuales uno puede llegar y viajar.

Hasta que un día me decidí, saqué el permiso para irme a mi ciudad natal donde me esperaban Lucas y Alejandro, mis padres. Preparé mi maleta, hice aseo dos veces a mi casa, tomé mi caja de mascarillas, mi alcohol y mis guantes casi infaltables, dentro tenían cloro lo que escoció mis manos, pero no importaba, ya estaba un poco más cerca de mi meta, ahora tenía que salir de la casa y tomar un bus. Caminé, pero me detuve antes de pisar afuera, respira... y salir, sentía como la suciedad de la calle subía por mis zapatos ensuciándome, caminé y caminé. Cuando llegué a la parada pude relajarme, lo único que faltaba era subirme al bus y viajar; cuando nos sentamos pidieron los permisos y nos fuimos, pero al parar un poco mas haya subió gente a la cual no le preguntaron nada. Una de ella se sentó a mi lado, se le notaba decaída, traté de no preocuparme, no me podía dar un ataque dentro del bus, ella empezó a toser y estornudar, cuando se calmó un poco se bajó la mascarilla y sentí como sus pequeños gérmenes caían en mí, después de eso ya no supe nada más, cuando desperté lo único que escuchaba era el pitido de las máquinas, las habrán limpiado si quiera, me volví a dormir, cuando abrí los ojos nuevamente lo único que puede ver era que metían mi cuerpo en un sucio agujero de tierra envuelto en una bolsa, fue casi romántico y un poco cliché, no debí salir ese día.

Karol Espinoza.

Curso 3° medio.